

indica claramente las condiciones indispensables con que podremos celebrar nuestras bodas espirituales; es decir, que para unirnos á Jesucristo con un vínculo santo y celestial, es necesario tener el celo ó el fervor del amor de Dios y del prójimo, y que se necesita hacer una transmigración total y perfecta del corazón, de los vicios á las virtudes, de las cosas terrenas á las celestiales, de las visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, del diablo á Jesucristo.

¡Dichosos nosotros si, dóciles á la invitación de la gracia, que se hace sentir continuamente en nuestro corazón, con su asistencia y con su auxilio, que no falta jamás, hacemos esta mística transmigración de nuestros pensamientos, de nuestros cuidados, y de nuestros afectos, por medio de una generosa renuncia de los honores mundanos, de los intereses temporales y de los deberes carnales! El Cordero divino se unirá indudablemente á nosotros y nos hará dignos de sus celestiales nupcias. ¡Oh nupcias divinas y espirituales! El hombre sensual y profano no las comprende, porque no las conoce; no las gusta, porque no las comprende; y porque no las gusta, las desprecia, se rie de ellas, las llama piadosos delirios de imaginaciones exaltadas y sueños vanos de un ascetismo sin realidad y sin fundamento. Es cierto que son un misterio de la gracia y del amor divino, pero un misterio que se repite á cada instante en millones de almas verdaderamente cristianas. Dadme un alma que, purificada por medio de la penitencia, de la oración y del amor, deje libre á Dios la morada de su corazón, que él escoge al criarlo, y veréis cómo su palabra no falta y su promesa se cumple. Así como el alma se entrega toda á su divino Amado, así este Amado divino se comunica todo al alma, la une á sí con una unión espiritual, pero íntima y verdadera, y la hace su amiga y su esposa: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant.) La hace participante de sus luces, de sus gracias y de sus consuelos; la hace oír su voz armoniosa, y le inspira los más fervorosos y tiernos afectos. Así como el hombre, con las alas de la humildad y de la confianza se eleva hasta Dios, así este Dios descende hasta el hombre en el exceso de su amor y de su bondad; así como el hombre pone su esperanza, su reposo, su amor y sus delicias en Dios, así el Hombre-Dios viene á habitar, á familiarizarse y recrearse en el hombre y con el hombre. *Et delitium meum esse cum filiis hominum.* (Prov. viii.) De aquí resulta que la mente se eleva y el corazón se dilata; la fe, adelgazando su velo, imita la visión; la esperanza adquiere la seguridad de la posesión, y la caridad experimenta las muestras y las primicias de la felicidad celestial. La paz de Dios, la calma deliciosa del corazón, que excede todo placer mundano, y que sólo en la unión con

Dios y en el silencio de las pasiones se encuentra, descendiendo á inundar el alma de aquel inefable consuelo, de aquellas espirituales delicias, que es más fácil sentir que expresar; la tierra desaparece, y no se habita con los afectos ni se conversa más que en el cielo. ¡Ay! hagamos nosotros la prueba, y veremos y confesaremos, como confiesan las almas verdaderamente fieles, que nada iguala á la felicidad de estar unidos con Dios y vivir en Dios y con Dios: *Gustate, et videte quam suavis est Dominus;* y de este modo, nuestras bodas espirituales con el Hijo de Dios, comenzadas en el tiempo, se continuarán, se perfeccionarán y nos harán felices en la eternidad. Así sea.

SOBRE EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS

HECHO Á INSTANCIAS DE MARÍA

Facto sunt nuptiae in Cana Galilae, et erat mater Jesu ibi...

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús.

(S. JUAN, c. 2, v. 1.)

Ya había llegado la época en que los hechos vinieran en apoyo de las palabras de Jesús para confirmar su divinidad; y unas bodas le ofrecieron la ocasión primera. En Canaán, en Galilea, se celebraban unas bodas; María, la augusta Madre de Jesús, se hallaba en ellas, bien fuese á título de parienta, ó con el de simple conocida ó amiga; y parece que con este motivo fué convidado Jesús con otros parientes de su Madre y con sus discípulos. En medio del banquete, pues, cuando brillaba una honesta alegría en la frente de los convidados, llegó á faltar de repente el vino. Figúraos la turbación que causó al dueño de la casa tan desagradable noticia. Yo no podría persuadirme de que este contratiempo proviniera de la pobreza de

los esposos; si, con efecto, no hubieran tenido los recursos que se necesitaban, todo inclina á creer que no hubieran dado aquella comida, ni hecho tal invitación. Además, esa pompa más que ordinaria, ese título de señor del festín, los numerosos criados que servían á la mesa, todo prueba, ciertamente, que aquella familia estaba bastante bien acomodada para no carecer de lo necesario. Fué, pues, una calamidad, un descuido, y más todavía efecto de una disposición divina. Esto no lo habían notado aún los convidados, pero sí María, á quien su buen corazón la llevaba á cuidar de todo lo que podía interesar á aquella excelente familia, hasta el punto de querer impedir que se descubriera el fatal contratiempo, que iba á cambiar en tristeza y confusión la inocente alegría que reinaba en aquella mesa. Pero ¿cómo proveer? No tuvo necesidad de reflexionar en ello mucho tiempo. Acercándose al oído de su Hijo, junto al cual estaba sentada: «Hijo mio, le dijo, no tienen vino.» No dijo más, convencida de que aquello era suficiente. Jesús se volvió hacia ella y le respondió en voz baja: *¿Quid mihi et tibi est, mulier? Nondum venit hora mea.* Es decir: «Mujer, ¿qué hay de común entre nosotros?» O bien: «¿Qué nos importa eso á los dos?» De cualquier manera que lo entendáis, esta respuesta os parecerá muy dura. Ciertamente, hermanos míos, que lo parece; pero guardémosnos de creer que lo fué en realidad. Esta palabra mujer, de que se sirve el Salvador hablando á María, á su madre, era un título honorífico y conforme con las costumbres de aquel tiempo; el hijo más respetuoso podía sin el menor inconveniente dar este dictado á su madre, así como en una nación grande, famosa por su urbanidad, no es contrario á las reglas sociales, aun en nuestros días, que un hijo llame á su madre con el nombre de señora. Con respecto al sentido de las otras palabras, recordemos la respuesta que dió Jesús cuando fué hallado en el templo; recordemos que se trataba de una cosa que no daba ningún derecho á María en calidad de madre, de una cosa exclusivamente reservada á la divinidad y á la voluntad soberana del Padre celestial, que había dispuesto de antemano el tiempo señalado en que su divino Hijo debía manifestarse comenzando á obrar milagros. Esto es lo que explican claramente estas palabras: *Nondum venit hora mea*; es decir: la hora de hacer milagros, la hora en que quiere mi Padre que me dé á conocer, no ha llegado todavía. ¿Pero no chocó y ofendió semejante contestación á la cariñosa Madre? No, ciertamente, puesto que se vuelve hacia los sirvientes y les dice con calma: «Haced lo que os diga mi Hijo.» ¿Hubiera hablado de otro modo si Jesús le hubiese respondido: «Sí, madre mia, dispuesto estoy; ¿queréis un milagro? Voy á hacerlo

inmediatamente.» Y, en efecto, el suceso va á probar que aquella era la intención oculta bajo aquellas palabras que á primera vista parecían duras, y que envuelven una negativa.

Dirigiéndose, pues, Jesús á los sirvientes, les dijo: «Llenad de agua todas esas ánforas» (había allí seis grandes vasijas de piedra, destinadas para el servicio de las diferentes purificaciones ó lociones que practicaban los judíos antes y después de la comida). Los criados obedecieron y llenaron de agua hasta la boca aquellos vasos. «Sacad ahora, les dijo Jesús, y servid al señor del banquete.» Este prueba el agua cambiada en vino, é ignorando el milagro que acababa de obrarse, llamó por su nombre al esposo y le dijo: «Amigo mio, nos habéis preparado una sorpresa muy agradable. Todo el mundo tiene costumbre (tal era el uso entonces) de servir el primero el mejor vino, y cuando los convidados están animados y alegres, se sirve el menos generoso y agradable. Vos habéis hecho todo lo contrario, reservando para el fin de la comida este vino delicioso.» El prodigio que acababa de obrar la afectuosa complacencia de Jesús no pudo permanecer más tiempo secreto, porque los sirvientes que habían llenado de agua las ánforas, rompieron el silencio que habían guardado hasta aquel instante; llenos de admiración levantaron la voz y refirieron á los convidados el milagroso cambio. Así fué como en Canaán, en Galilea, hizo Jesús su primer milagro á instancias de María para servir á una familia virtuosa, y colmar de alegría á una honesta reunión. Así es como, haciendo resplandecer su omnipotencia, manifestó altamente su gloria divina, y afirmó y aumentó la fe de sus discípulos en su divinidad.

Terminemos, hermanos míos, con alguna reflexión consoladora que va á ofrecernos este hermoso rasgo de la vida del Salvador.

Yo os confieso francamente, amados hermanos míos, que en el acontecimiento de las bodas de Canaán, en ese suceso que consideran algunos como habiendo oscurecido el mérito y la gloria de María, os confieso que yo descubro en él, por el contrario, una de las pruebas más palpables de la bondad y del poder de nuestra augusta Madre y Señora. ¡Qué admirable bondad brilla en esa amorosa solicitud con que, sin que haya sido advertida, sin que haya sido rogada, por el impulso de su amor, procura satisfacer aquella necesidad, y sacar de tal apuro á aquella excelente familia! Para esto no vacila en pedir un milagro á su Hijo, porque aquel era el único medio que tenía á su alcance; y pide el milagro cuando su Hijo no se había dado á conocer todavía con ningún prodigio. ¡Qué bondad! Pero también, hermanos míos, ¿cómo aparece, cómo luce su crédito! Para obtener

de su Hijo un milagro, aquella divina Madre no necesita más que exponerle la triste situación en que se hallan los esposos: *Vinam non habent*; ella alcanza lo que pide, sin que tuviera para ello ningún derecho como Madre: *¿Quid mihi et tibi?* Ella lo consigue antes de que haya llegado la hora en que, con arreglo á los decretos divinos, Jesús debía obrar milagros: *Nondum venit hora mea*.

¡Ah, cristianos! ¿qué no debemos esperar ahora nosotros de la Madre de Jesús, que es también nuestra Madre? ¿Qué no debemos esperar de su poder, ahora que está á la diestra de su Hijo, ahora que reina con él en el cielo y en la tierra, hoy que es la dispensadora de los tesoros de la misericordia divina? ¡Ah! ¿qué no podemos esperar de su bondad maternal? ¡Cuánto en el cielo, donde ha sido penetrada de la más pura, de la más perfecta caridad, cuánto ha debido inflamarse en su corazón de madre el amor ardiente que nos tenía en la tierra! ¡Cuánto en el cielo, donde goza ahora de la más completa é inefable felicidad, cuanto se ha avivado la tierna compasión que sintió entre nosotros hacia nuestras miserias y sufrimientos! ¡Cuánto en el cielo, donde puede ahora todo cuanto quiere, donde dispone de todos los bienes temporales y eternos, ¡oh! ¡cuánto ha debido dilatarse en su corazón de madre la inefable generosidad, de que nos ha dado tantas y tan hermosas pruebas durante su vida mortal! Hoy que es más que nunca la Madre del amor y de la misericordia, ¡cuántas veces desde su elevado trono dirige sus miradas maternales á sus hijos! ¡Cuántas veces siente conmovirse sus entrañas á la vista de sus miserias! ¡Cuántas veces su benéfica mano se abre para derramar en su seno los más preciosos favores!

¡Oh vosotros que en vuestras aflicciones, en vuestras necesidades, en los peligros que os amenazan, habéis invocado con filial confianza el dulce nombre de esta tierna Madre, decidnos si ha defraudado jamás vuestras esperanzas, si no ha acogido favorablemente vuestras súplicas, si no ha recompensado en seguida vuestra confianza con algún favor de su bondad maternal! Almas afligidas, ¿no ha sido María vuestro consuelo cuantas veces la habéis invocado? ¿Habéis acudido á ella en vuestras dolencias sin que os haya enviado el alivio? ¿No ha sido vuestra luz en las tinieblas? Y vosotros, pecadores, ¿la habéis implorado alguna vez en vano? ¿No ha sido siempre vuestro refugio, vuestra salvación? ¡Por qué en ese caso temeríais acercaros á su trono, echaros á sus pies, y dirigir vuestras lamentaciones á la que no ha cesado, á pesar de vuestra ingratitud, de ser vuestra abogada y medianera, vuestra cariñosa Madre? ¡Ah! si os lleva á sus pies un sincero deseo de convertirlos y salvarlos, no dudéis que os

abrirá su corazón y sus brazos maternales; no dudéis que será vuestra intercesora con Dios; no dudéis que os colmará de gracias y de dones; no dudéis que os hará gozar en el tiempo y en la eternidad de los preciosos frutos de su protección misericordiosa. *Amén*.

JESÚS ARROJA DEL TEMPLO Á LOS VENDEDORES

*Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes eiecit de templo,
Y haciendo de cuerdas como un azote
los echó á todos del templo.*

(S. JUAN, c. 2, v. 15.)

Después del milagro de Canaán, hermanos míos, nos refiere el sagrado Evangelio que Jesús bajó á Cafarnaum con su Madre, sus parientes y discípulos, donde permanecieron pocos días, porque estaba próxima la Pascua de los Judíos. Luego Jesús subió á Jerusalén, donde halló el templo obstruido de mercaderes que vendían bueyes, ovejas y palomas, y de cambistas sentados junto á sus mesas, y habiendo tomado Jesús como un látigo de cordeles, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, y echó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. ¿Por qué, hermanos míos, este cambio, en Jesús tan dulce, bondadoso y compasivo? Otros muchos pecados se cometían en Jerusalén, otros muchos escándalos provocaban su cólera, y, sin embargo, se abstiene el Señor de tronar así contra ellos, tratando de reformarlos por medio de las exhortaciones y de la dulzura. En efecto, allí se trataba del honor de su templo; la casa de su Padre era profanada, su celo no podía sufrirlo. En vista de aquel escándalo, su venganza estalla, y se apresura á arrojar de aquel lugar santo á los que deshonraban la majestad

de él. Comprendamos por esto cuán criminales son las multiplicadas irreverencias de que, con escándalo de la religión, han llegado á ser teatro nuestros templos. Ya los vemos completamente vacíos de adoradores fieles; ya, lo que aun es peor, se ven llenos de profanadores. Allí Dios es abandonado por los unos y ultrajado por los otros, mientras que los hombres que pretenden llamarse discípulos de Jesucristo le abandonan sobre sus altares ó vienen á hacerle testigo de sus ofensas insolentes. Reflexionemos, hermanos míos, sobre estos abusos, procurando de todas veras remediarlos, atendida la santidad del templo. *Ave María.*

El templo es, en el sentido más estricto, la morada de Dios, y donde reside Jesucristo, en quien, según la expresión del Apóstol, habita corporalmente la plenitud de la Divinidad. El templo es entre nosotros la imagen del cielo, y en ambos es adorado el mismo Dios, colocado sobre el altar el mismo cordero sin mancilla, y repetidos los mismos cánticos. Los elegidos de la tierra representan allí á los santos del cielo, aguardando el momento de ir á reunirseles; se confunden, como ellos, ante la Majestad suprema, que su fe descubre al través de los velos que la ocultan, y Dios recibe por ellos en la tierra, los homenajes que le son tributados en el seno de su gloria. «¿Cuán queridos son para mí tus tabernáculos, oh Dios de las virtudes, decía David; mi alma desfallece y se consume por el deseo de estar en la casa del Señor.» ¿Era de los tabernáculos de la tierra, ó de los del cielo, de los que el santo profeta hablaba? Nosotros podemos creer que comprendía, en el ardor de sus aspiraciones, tanto á los unos como á los otros, pues en ambos debía gozar de la presencia del Señor, y que suspiraba por las gracias que Dios distribuye en su templo, como por la gloria que concede en el cielo á los elegidos.

¿Cuál es, diremos nosotros, la insensata, la deplorable ceguera de tantos hombres como permanecen constantemente alejados del santuario por las disipaciones mundanas, por las ocupaciones de poco momento, por los placeres livianos, por toda clase de mezquinas pasiones, y, en una palabra, por todo aquello que el Sabio llama fascinación de las bagatelas! La poca reverencia en los templos, con ser tan general, no por eso será menos un escándalo, y si se entra en ellos, ¡cuántas veces es para fines muy ajenos al único que debe guiarnos, esto es, para honrar á Dios que reside en ellos! Se podría en cierta manera grabar sobre nuestros altares la inscripción que encontró San Pablo en aquel de Atenas: *Al Dios desconocido.* Las reuniones profanas y hasta los espectáculos criminales están todos los

días llenos de una concurrencia numerosa, mientras que las iglesias permanecen desiertas y abandonadas. Desde el fondo de su tabernáculo Jesucristo nos llama sin cesar, nos invita, nos apremia para que nos acerquemos á él, y nosotros rechazamos sus insinuaciones! El quiere conversar con nosotros, y nosotros esquivamos su conversación; desea que le rodeemos, y no ve alrededor de sí más que una soledad profunda. La mayor parte de los hombres olvida que hay en la tierra tabernáculos donde reside el Señor, y si alguna vez, después de haber pasado sin ocuparse en él una semana entera entre placeres y disoluciones, se acuerdan el último día de que hay un precepto positivo que les manda ir á la iglesia, van allá como á la fuerza y con gran trabajo, á pasar en ella algunos momentos, sólo por el buen parecer, y los consideran como los más enojosos de su vida.

No se crea que la adoración frecuente en los templos es una práctica indiferente; que se puede descuidar ó omitir sin desagradar á Dios; porque es despreciar sus gracias el negarse ir á buscarlas al lugar en que él las distribuye. Generalmente aquellos que tienen más necesidad de ir al templo, son los que se mantienen más alejados. Vosotros, los que habéis tenido la desgracia de desagradar á Dios, sois los que principalmente debéis llegar á refugiarnos al pie de sus altares, é implorar ante aquel trono de su misericordia un amparo contra su justicia. En este lugar daré la paz, nos dice el Señor por boca de su profeta. Vosotros sois los que no queréis recibirla; los que, alejándoos obstinadamente del lugar en que él os espera para tratar de vuestra reconciliación, le declaráis una guerra encarnizada. Cuando habéis causado una ofensa á algún hombre que por su poder es peligroso, el temor de su venganza os obliga bien pronto á acercaros á él. ¿Y es sólo Dios á quien no teméis, ó como Adán después de su pecado, pensáis que, huyendo de él, evitaréis sus miradas? Si la Providencia os hubiera colocado en el lugar que en otros tiempos fué honrado con su presencia, si os hubiese hecho vivir en la región ilustrada por los misterios de su vida y de su muerte, ¿no os apresuraríais á ir á visitar tan célebres lugares, ni consideraríais como un deber el ir á tributarle los homenajes de nuestro respeto, ya al establo, donde nació al mundo, ya al Calvario, donde dió la vida por el hombre? ¿No buscaríais en aquella tierra consagrada por él las huellas de todos sus pasos? Y ¿qué iríais á buscar allí, que no podáis encontrar en sus altares? En ellos se obran en algunos instantes todos los misterios que se fueron cumpliendo sucesivamente durante el transcurso de su vida mortal. Allí nace, como en Belén, por la palabra del sacerdote. Allí es ofrecido por la mano de su ministro, como

lo fué en el templo por su Madre. Allí reparte sus gracias entre el pueblo cristiano, como en el curso de su misión derramaba sus beneficios sobre la nación judía; y allí, en fin, es inmolado, como lo fué en la cruz. ¡Ay! ¡en el mismo lugar recibe de los impíos y libertinos ultrajes tan dolorosos como en la casa del Pontífice, en el patio de Herodes y en el pretorio de Pilatos! Al ofrecerle vuestros homenajes en su templo, lo adoráis a un tiempo en todos los diferentes estados en que se halló durante su permanencia en el mundo.

Nosotros deploramos el abandono en que un gran número de cristianos deja el templo del Señor; pero entre los que algunas veces se presentan en él, ¡cuántos hay á quienes se debería rogar que lo desalojasen! El abandono de las iglesias no constituye hoy sino el más leve de los escándalos. ¿No valdría más que permaneciesen sin adoradores, que estar, como lo vemos, ocupado por los que lo profanan? Cuando en los días de fiesta, durante las horas consagradas al servicio divino, vemos dirigirse hacia el santuario una multitud numerosa, no podemos menos de experimentar un sentimiento de alegría y de edificación, al pensar que el Señor va á recibir homenajes multiplicados y sinceros. Pero ¡ay! al entrar en pos de aquella multitud en el templo santo, nos desengañamos bien pronto, y se apodera de nuestro corazón un sentimiento muy diferente cuando descubrimos lo que allí pasa. Es verdad que se concurre al templo, pero ¿por quién se va á él? ¿es acaso por Dios? ¿es para tributarle adoraciones? De ningún modo. Se asiste al templo sólo por consideraciones al mundo, para evitar su censura, para conservar á sus ojos alguna apariencia de religión. Se asiste en fuerza de la costumbre, conducidos por el buen parecer y obligados por los humanos respetos. Se asiste por motivos más criminales todavía, como son el deseo de ver y ser vistos; por despertar en otros pensamientos culpables ó conservar los que ya se tienen. Se asiste al templo... es verdad; pero ¿con qué espíritu se asiste? Allí se llevan las pasiones, para ocuparse en ellas, para hablar de ellas, para satisfacer la curiosidad, y á veces para distraerse y divertirse. Se concurre al templo... ¿y cómo se está en él? Este es el colmo del desorden. «Hijo del hombre, decía el Señor á su profeta, horada la pared y mira las abominaciones que se cometen en mi casa.» La falta de compostura, el abandono en las maneras, la libertad de movimiento y lo audaz de las miradas, parece que expresamente se dirigen á ofender y desafiar á Dios. Si en el momento augusto en que Jesucristo desciende sobre el altar y es elevado y presentado á las miradas y á la adoración de los fieles; si en ese momento, repito, se dignan, por un resto de consideración, ó

más bien de respeto humano, doblar la rodilla, esto dura sólo un instante, y pronto se recobra la posición más cómoda, más desembarazada y más libre. Muchas mujeres mundanas van al templo á lucir su atavío y á hacer ostentación de sus galas, al par que de la inmodestia, indecorosa á veces, en su modo de vestir. Idolos soberbios, van á disputar al Señor sus adoradores y arrancar al verdadero Dios las almas que El ha rescatado con su preciosa sangre. Hasta los mismos templos, esas escuelas sagradas de piedad, esos asilos de la inocencia, han llegado á hacerse peligrosos para la virtud. En ellos es, en el mismo santuario y á presencia de su divina Majestad, donde empiezan á veces á formarse y donde se alimentan las criminales intrigas, que son el escándalo de la religión y el descrédito de las familias honradas. ¡Dios mío! ¿En dónde podrá refugiarse el pudor, si hasta al pie del mismo altar se le tienden lazos? ¿Dónde encontrará seguridad, si á la vista y casi entre los brazos de Jesucristo es atacado? ¿Está acaso próximo á llegar ese día terrible, en que la abominación debe ser el anuncio de la desolación universal, profetizada en los libros santos? Los escándalos repetidos que mancillan la casa del Señor, ¿son quizás un principio del cumplimiento de su oráculo y un anuncio de su terrible juicio, provocado por ellos?

Para formarnos una justa idea del pecado de la profanación, y comprender cuán odioso es á los ojos de la Divinidad, consideremos los caracteres particulares que en sí reúne y que le hacen más criminal todavía.

Desde luego, como otras muchas ofensas, no puede ser disculpada ni atenuada por la vivacidad de las pasiones. Sin duda que el arrebató de los deseos, al dar origen á nuestros pecados, no los puede justificar, pero disminuye su malicia. El Autor de nuestra naturaleza conoce toda la imperfección que ella tiene, y no olvida que somos un compuesto frágil de carne enferma y de espíritu pronto en irse y tardo en volver. Su corazón paternal conoce y siente los extravíos á que nos arrastra el ardor de la concupiscencia. La efervescencia que los hace cometer conmueve su piedad al mismo tiempo que despierta su cólera, y al paso que atrae su severidad, excita, no obstante, su indulgencia. Pero la irreverente profanación del lugar santo no es efecto de pasión alguna, ni se comete en medio de la perturbación de los sentidos, sino con calma y á sangre fría. La debilidad es la que menos nos arrastra á este pecado, que es hijo sólo de la voluntad, y que no proporciona ningún goce ni satisface apetito alguno, encerrando sólo el triste placer de la impiedad, que muchas veces hasta es fingida.

Además de lo que queda dicho, la profanación del lugar santo añade a la culpa la audacia de no avergonzarse de ella. No contento con ofender a Dios, le ultraja; irritándole al mismo tiempo que le desafia, va hasta su mismo altar á buscarle, para despreciar su cédula, y no es la ley la que desprecia, como sucede en los demás pecados, sino al Autor de ella á quien insulta. El Rey de los reyes es atacado en su propio palacio y hasta en el trono de su misericordia. Para ello, uniendo la ingratitud á la insolencia, se busca el lugar y el momento en que distribuye sus beneficios. La presencia del profanador en el templo es, por una inconsecuencia ridícula y criminal á la vez, una profesión y una renegación del Cristianismo. Es reconocer la religión el ir á tomar parte en su culto, y es renegar de ella el ir al mismo tiempo á insultarla. Se va al templo para no ser tenido por impío, y se hace en el gala de la insolencia para no parecer cristiano. ¿Pueden ser más criminales que la demencia profanadora, los furiosos de los herejes ni las debilidades de la apostasia? ¿Cuál es para vosotros más culpable, el calvinista, que blasfema de la presencia de Dios, en la cual no cree, ó el que, llamándose católico, ultraja á un Dios á quien confiesa reconocer? Comparad la apostasia de esos desgraciados [que, vencidos por los tormentos, reconocen á Jesucristo, á quien honran siempre en el fondo de su corazón por sus dolores y remordimientos; comparadla á la de los profanadores, que se hacen impíos, no por temor, sino por audacia, y que, lejos de arrepentirse de su crimen, hacen gala de él con cinica desvergüenza.

Por último, otro de los vicios que caracterizan y hacen más criminal que todos los otros al profanador, es que necesariamente tiene que ser escandaloso; porque, no sólo rehusa á Dios sus adoraciones, sino que le quita las de los demás; no solamente perturba el culto, sino que trabaja por destruirlo; no sólo sofoca en sí mismo la religión, sino que se esfuerza por aniquilarla en todos los corazones; y, en fin, porque no sólo se hace discípulo del demonio, sino su apóstol y su ministro. Una de las causas por que la Iglesia reúne á sus hijos en el templo, es para que la piedad de los unos reanime la de los otros. Y en efecto, ¿qué cosa puede haber más interesante ni que excite más el fervor, que el ver á una multitud numerosa, prosternada, atenta y recogida ante los santos altares, como lo están los espíritus bienaventurados ante el altar celeste, sirviéndose mutuamente de modelo y de estímulo? Las irreverencias cometidas en el templo llegan á ser, por la razón contraria, otras tantas lecciones de irreligión, y enseñan, autorizan, alientan, y acostumbran á despreciar lo

que hay en él de más sagrado. Hombres que gozáis de prestigio, vosotros los que estáis constituidos en dignidad, padres de familia, y, en fin, todos cuantos por alguna causa disfrutáis en el mundo de alguna autoridad, tened en cuenta que vuestro ejemplo pernicioso es el que lleva á esa juventud, fácil de seducir, á imitarlos y á tratar de señalarse por su impiedad, como vosotros.

Abrid los libros santos, y veréis en ellos las venganzas terribles que Dios ha tomado siempre de los profanadores. Ved heridos de una muerte súbita á los hijos de Aarón, por haber encendido sobre el altar un fuego extraño; á Oza, por haber querido sostener con su mano el arca vacilante; á cincuenta mil betzamitas, por haber querido dirigir hacia ella una mirada poco respetuosa; y ved, en fin, á Ocias cubierto de lepra por haberse atrevido á penetrar en el santuario. Comparad en seguida estas irreverencias, que tan ligeras parecen, con los horribles escándalos de que todos los días somos testigos, y comparad también aquel altar, aquel templo y aquella arca, con nuestros santuarios, donde Dios reside personal y corporalmente. «Temblad delante de mi santuario, decía él á los judíos; yo soy el Señor.» El tabernáculo, de que Dios hablaba así, no era más que una vana sombra y una figura de éste, ante el cual comparecéis. ¿Y podéis pensar que exija menos respeto y que os permita presentaros con menos temor ante el tabernáculo que él mismo llena con toda su majestad?

El solo aspecto del lugar santo debería inspiraros veneración profunda. ¿A qué punto dirigiréis en él vuestras miradas, que no os recuerde la presencia de Dios y sus beneficios? Al entrar en el templo, el primer objeto que se os presenta es la fuente sagrada, en que Jesucristo os adoptó por hijos suyos y donde prometisteis reconocerle, reverenciarle y quererle como á vuestro Padre. ¿Y permitiréis que esa fuente, testigo de vuestros juramentos, lo sea también de vuestro perjurio? Avanzad un poco más, y encontraréis los tribunales en que el dolor de vuestras culpas y la promesa de evitarlas os alcanzaron el perdón de ellas. ¿Y queréis violar ese pacto de vuestra reconciliación en el mismo lugar donde lo habéis hecho? Seguid adelante y hallaréis la cátedra, donde tantas veces habréis oído pronunciar las saludables verdades de la fe. Desde ella fuisteis instruidos del respeto que debéis á la religión y á sus templos. ¿Y formaréis allí mismo el proyecto de profanarlos? Un paso más, y llegaréis al pie de la mesa santa, donde Jesucristo os ha alimentado con su propia carne. ¿Y tendréis valor para hacer de aquel sitio el teatro de vuestras ofensas, y, á semejanza de su pérfido apóstol, habréis llegado á reci-

birle sólo para hacerle traición y entregarle á sus enemigos? Desde allí, si levantáis los ojos, os encontraréis frente al altar, al tabernáculo, desde donde Jesucristo os contempla, desde donde ve, no sólo lo que hacéis, sino lo que pensáis en el fondo de vuestro corazón. ¿Y os atreveréis, bajo su penetrante mirada, á concebir el pensamiento de insultarle? ¿Os dejaréis arrastrar por el vértigo de la irreligión y el escándalo de la impiedad, rodeados por tantos objetos, de los cuales uno solo debería bastar para infundir en vuestro corazón el respeto más profundo y el más santo temor hacia el lugar sagrado?

Y no es sólo la gravedad y humilde compostura exteriores lo que honra convenientemente la casa del Señor; Dios es espíritu y verdad, y quiere, ante todo, que en espíritu y en verdad se le adore. Por tanto, debemos á su presencia en el templo el doble culto de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Ante Aquel, á quien los espíritus celestes proclaman sin cesar el solo grande y el solo poderoso, debemos sentir toda la imponente majestad de su gloria, y no ver más que á él ni ocuparnos más que en él, recogiendo todos nuestros pensamientos para ofrecerlos á sus plantas, todos nuestros deseos para dirigirlos hacia él, y todas nuestras facultades para ofrecérselas como tributo. Debemos también, en una actitud humilde y suplicante, ofrecerle el sacrificio de alabanza, dirigirle nuestras súplicas y presentarle nuestros actos de agradecimiento. En una palabra, debemos llevarle á su santuario los homenajes interiores, que nacen de una piedad sincera, y esa misma piedad pura y ardiente, manifestada por los homenajes exteriores. De esta manera, hermanos míos, honraremos el templo santo y la casa de Dios, y el Señor allí derramará sobre nosotros sus divinas misericordias, prenda segura de nuestra eterna salvación. *Amén.*

PODER Y UNIVERSALIDAD

DE LA ENSEÑANZA DE JESUCRISTO

*Ego sum via et veritas et vita.
Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

(S. JUAN, c. 14, 6.)

La primera necesidad del hombre es la verdad. ¿Cuál es, en efecto, la primera, la suprema necesidad de todos los seres, si no la vida; y para un ser inteligente, en qué consiste la vida, sino en la verdad? Pero importaría poco al hombre saber que la verdad es su vida, si no supiese al mismo tiempo dónde reside la verdad y á qué poder debe pedirla.

¿Qué es la verdad? ¿Dónde habita la verdad? ¿Cuál es su naturaleza y sus relaciones con la inteligencia? La verdad ha previsto anticipadamente todas estas preguntas, y las ha contestado. Si le preguntáis cuál es su origen, os responde que ella es divina. Si le preguntáis cuál es su naturaleza, os dice que ella es el verbo. ¿Dónde habita? Que habita allá, en el seno del Padre, como habita en vuestra inteligencia vuestro pensamiento, ese verbo creado, por el cual todo espíritu inteligente se dice: yo existo, pues que pienso. Si le preguntáis cuál es su acción, os responde que ella es la razón de todas las cosas, que todo ha sido hecho por ella, y que sin ella no existe nada. En fin, si le preguntáis cuáles son sus relaciones con las inteligencias, os responde que ella es su vida, porque ella es su luz, como el sol en el firmamento da la vida á todo lo que alumbrá.

Pero ¿no ha descendido esta verdad á la tierra? ¿No ha visto el hombre que ella venía á este suelo para comunicarse con él? Desde la creación misma, ella nos ha hablado. Después de la caída, aún se acerca á nosotros. Ella se hace oír primero por boca de los patriarcas, en seguida por medio de Moisés, luego por la sucesión de misterios proféticos, y por fin, la voz providencial, desarrollándose con

los siglos, ha llegado á la plena revelación de la verdad. El Verbo ha aparecido: él ha salido del seno del Padre sin dejarlo por eso, á la manera que sale el pensamiento de nuestra inteligencia, sin dejarla, para producirse exteriormente por medio de la palabra: sin alterar su propia esencia, ella se ha manifestado en una naturaleza semejante á la nuestra. He aquí la historia de la verdad; es la historia de Jesucristo.

Ahora, cuál ha sido en el mundo la enseñanza de la verdad viva y personificada en Jesucristo? Esta es la que voy á apreciar ante vosotros, hermanos míos.

Dos caracteres deben distinguir entre todos los otros la enseñanza de la verdad divina: el poder y la universalidad. El poder es necesario, porque de otra suerte no tendría acción sobre la inteligencia y el corazón del hombre; la universalidad es precisa, porque no podría de otro modo llegar á todos los pueblos, y por consiguiente, no respondería á todas las necesidades de la humanidad.

Este será el objeto de mi discurso.

Y ojalá pueda mi palabra, bendecida por su gracia, ser fecunda para su gloria y edificación de vuestras almas; esto es lo que vamos á pedirle por la intercesión de María. *Ave María.*

El poder de la enseñanza exige dos condiciones: la autoridad y la fecundidad. La ausencia de estas dos condiciones constituye necesariamente el vicio de todas las enseñanzas humanas; porque entonces su palabra carece de autoridad. Si, hermanos míos; los sabios, cualquiera que sea la fuerza de su genio, están siempre sujetos á error, porque la debilidad de su razón no les permite ver en la verdad más que algunas relaciones, y porque las pasiones de su corazón los ciegan acerca de esta misma verdad accesible á su razón. De ahí esas incertidumbres, esas dudas, estas singulares paradojas que revelan en cada página de sus libros la flaqueza de sus inteligencias; y por una consecuencia necesaria, de ahí ese defecto de autoridad que se opone á que puedan ser sus opiniones una ley que obligue á la conciencia.

Jesucristo va á enseñar de otra manera; en primer lugar se aparta, bajo todos conceptos, de todas las enseñanzas humanas; difiere por espacio de muchos siglos su venida, para que podamos convencernos de la debilidad de nuestra razón, y á fin de hacernos sentir, por la profundidad de la caída, la necesidad del remedio divino; fija su nacimiento en la Judea; quiere nacer de un pueblo que se halla defendido por su constitución del contagio ó influjo de la civiliza-

ción y de las luces de otros pueblos, con el objeto de que se vea palpablemente demostrado que no debe él nada á la sabiduría profana, y que todo es peculiar suyo, su doctrina igualmente que sus milagros; él se coloca en la posición del artesano, para hacernos comprender que su doctrina no es fruto del estudio ni resultado de la reflexión, sino sólo expresión de la verdad que habita dentro de sí mismo.

A la hora que él tenía señalada aparece en el mundo. Pero ved con qué títulos irresistibles de divinidad se circunda; él anuncia la continuación de los oráculos; sus títulos son sus milagros, donde todo es sobrehumano; porque él los obra sólo por la virtud que encierra en sí mismo, ligándose todos con un pensamiento de caridad. Y luego, cuando ha establecido así invenciblemente la divinidad de su misión; él enseña, pero enseña como ningún otro había enseñado antes que él. Escuchadlo: él no declama, él no discute (dos vicios inseparables de todas las enseñanzas humanas); él habla como aquel que ha recibido el poder; él instruye con la conciencia visible de su imperio sobre la inteligencia. En el Evangelio no, sorprendereis nunca sobre sus labios una de esas palabras por las cuales el orgullo de la filosofía revela su incertidumbre; jamás ha dicho él: tal vez; él afirma con seguridad divina: esto es; en verdad os digo, la tierra pasará, el cielo pasará, pero mis palabras no pasarán jamás. ¿Quién se había atrevido anteriormente á él, á servirse de semejante lenguaje?

No es esto todo. No sólo se presenta ante los hombres como el órgano de la verdad, sino como su divina personificación. El nos dice á todos: «Esta verdad, que es vuestro Dios, soy yo.» *Ego sum veritas.* En vista de tan sublime palabra, hermanos míos, es preciso reconocer, ó bien que es el lenguaje de una inteligencia delirante, ó caer de rodillas ante quien la ha pronunciado, porque es Dios.

Lo admirable es, que Dios ha transmitido con su enseñanza á su Iglesia, á la Iglesia católica, ese carácter de autoridad, que es el signo de la verdad infalible. He aquí su privilegio, y no es posible desconocerlo. Fuera de la Iglesia, ¿qué es lo que encontráis en las escuelas, en los templos? Moralistas que disertan, filósofos que disputan. ¿Quién se atreve á pretender la infalibilidad? ¿No veis que apenas los hombres han proclamado la autoridad de la inteligencia, han privado de todo poder á sus palabras, y que querer imponerlas sería atentar sacrilegamente á la libertad de la inteligencia? Pues bien; la Iglesia se proclama infalible; ella no vacila, ella no duda, ella habla como su maestro; esto es: el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Vella en sus cátedras; ella no discute, no ruega, no demanda favor; ó más bien ella ora, pero por vosotros; ella pide gracia, pero á vosotros mismos y para vosotros mismos. Ella os suplica que no trabéis una lucha en que vais á perecer irremisiblemente. Ella os promete todo, y eso desde la altura de una misión divina, sean los que quieran los representantes de su palabra, desde el pontífice supremo, sentado en su sede, hasta el más humilde pastor; cualquiera que sea quien oiga su palabra, ya tuviera en la mano la soberanía temporal, ó la soberanía del talento, ella no le reconoce más que un derecho posible, el de prosternarse á los pies de esta tribuna que anuncia los oráculos. Hablar en otro sentido, sería cobardía, sería ultrajar con la injuria más insigne las prerrogativas más sagradas, los derechos de la divina verdad.

Pero la autoridad es sólo una parte del poder, la otra es la fecundidad. Y bien, antes de Jesucristo, ¿ha habido un poder fecundo en la tierra? ¿Qué han creado los sabios en el corazón del hombre, qué ejemplos singulares de virtud ha visto nacer el mundo de sus doctrinas, y producirse en sus escuelas? ¿Los sabios! Ellos han pronunciado discursos, ellos han forjado sistemas, ellos han escrito libros, ellos han convertido la virtud en una novela, una ficción; pero crear la justicia, crear la virtud, no estaba en su poder, no lo han logrado, y yo doy gracias por ello al cielo.

Es verdad, hermanos míos, que yo no quiero decir que la conciencia humana ha sido estéril antes que el Hijo de Dios haya dejado caer sobre ella la luz de su enseñanza. No, no rebajaré yo al hombre por ensalzar al Criador, aunque no sea por otra cosa que por respeto al Criador mismo. Concederé de muy buen grado que antes de Jesucristo practicaba el hombre ciertas virtudes que le honraban; la justicia, la templanza, el valor, la misma abnegación; pero ¿qué le atraía á la virtud, sino una especie de vicio, la gloria; á qué se sacrificaba, sino á su familia, á su patria, á grandes cosas, pero al cabo siempre á cosas humanas? ¿Y dónde estaba, os pregunto yo, esa energía generosa del hombre que se olvida, y que en el deber sólo busca el deber? ¿Dónde esa magnanimidad de sacrificio que no se dirige más que al cielo, y que se entrega sin reserva á Dios? La gloria de Jesucristo es haberla revelado y obtenido del hombre.

Este Maestro divino aparece en el mundo; él desdénia el enseñar á la manera de los sabios, con sistemas, con ratiocinios, con teorías morales; él va derecho al alma; él le habla, y le habla de sus deberes. Es cierto que él conocía todos los secretos de la ciencia; pero no admite que todas las realidades de la tierra valgan lo que un solo

pensamiento del alma, y por eso él se calla acerca de este punto, y no toca ninguna cuestión que no interese directamente la conciencia. Ante todas cosas, él quiere que los hombres repriman sus inclinaciones. Ese es el objeto exclusivo de su enseñanza; y como la eficacia de una doctrina estriba menos en la palabra que en las obras del maestro, no se contenta con hablar, sino que obra, y, como lo observa el Evangelista, desde su aparición en el mundo soporta voluntariamente la pobreza, el dolor, la humillación, y ya él, solamente en su nacimiento, ha dado más lecciones al mundo que las que le dará jamás la filosofía.

El nos ha enseñado que no hay más que un solo camino para llegar á la felicidad, la de renunciar á sí mismo. Por más sumergido que el hombre se halle en los placeres de los sentidos, las lecciones de la virtud irán á buscarlo en medio de los placeres de los sentidos, y sabrán apoderarse de él con ejemplos divinos. Que no venga á excusarse con su ignorancia, porque basta mirar á Jesucristo; que no venga diciendo que le faltan las fuerzas, porque precisamente el Hijo de Dios ha comunicado á su palabra un poder invencible que remueve y atrae los corazones, que exalta y fortifica el valor humano, y ese es su triunfo incomparable. El dice, él hace, y obliga á hacer todo lo que él dice y hace. El ha dicho: «¡Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran!» ¿Conocéis los prodigios de resignación moral que sola esa palabra ha obrado en el hombre? El ha dicho: «Amarás á Dios sobre todas las cosas», y esto ha sido suficiente para transformar el mundo.

La humanidad hace diez y nueve siglos ha caído á los pies de Cristo y de sus altares, y no hay una sola palabra del Maestro que no haya sido cumplida, desde la abnegación de la doncella cristiana á la cabecera del enfermo, hasta el sacrificio del mártir en las regiones más lejanas. ¿Qué maestro ha enseñado jamás de tal suerte! Otros, es cierto, han exigido de los hombres ciertos sacrificios; pero esos son sacrificios fugitivos, que exigen una hora de mi existencia y que me dejan libre el resto de mi vida entera; y además, ¿en qué forma se me impone este sacrificio? Explotando mis pasiones, el amor de la gloria. Pero aquí, imponerme sacrificios para siempre, privaciones que matan paulatinamente, y que me roban la vida del corazón gota á gota; pero imponerme el heroísmo que se consume en las tinieblas, sin más testigos que el ojo de la conciencia y el ojo de Dios, es superior á la naturaleza, y de tal suerte es verdadero, que cuando Jesucristo lo ha anunciado, todos los sabios se han sublevado, condenando el precepto como una quimera ó un sueño. Mirad, pues, ¡oh!

si la humildad es un sueño, si sacrificarse para socorrer á los pobres, á sus semejantes, si perdonar á sus enemigos, dominar sus pasiones, combatirse, vencerse, reformarse, si todo esto es un sueño; y no obstante, he aquí lo que Jesucristo ha obtenido y ha mandado; lo que ha mandado en todos los tiempos, en todas las edades; mirad, oh sabios, contemplad, y decid si tal triunfo puede ser otra cosa más que un triunfo divino.

He aquí la fecundidad de la enseñanza de Jesucristo, que unida con aquella autoridad de que os he hablado, constituye el poder, primer carácter de la enseñanza de Jesucristo; el otro carácter que posee y la distingue, es la universalidad.

¿Qué significa una enseñanza universal? La enseñanza universal es aquella que se dirige á todos los pueblos y á todas las edades, y por consiguiente, la universalidad de la enseñanza debe tener dos condiciones. En primer lugar, una fuerza infinita de expansión por la cual penetre todas las inteligencias, y en segundo, una fuerza infinita de unidad sin la cual dejaría de ser la misma, y por consiguiente, sería imposible que ella alcanzara ningún triunfo. Pues bien; antes de Jesucristo no existía cosa alguna parecida que fuese capaz de convenir á todos los pueblos y á todas las condiciones. Es verdad que había religiones que se dirigían á todos, pero se dirigían á las preocupaciones, á los malos instintos, á las pasiones, á la corrupción de todos.

Antes de Jesucristo existían, sin duda, sabios eminentes é ilustres filósofos, pero se dirigían únicamente á las inteligencias privilegiadas. Así los Sócrates, y los Platones y tantos otros removían todos los días los grandes problemas del alma y de la divinidad. ¿Han llamado jamás, han permitido nunca que el pueblo entrara en sus escuelas? ¿Esos sabios hubieran creído envilecer la verdad, si la hubieran hecho bajar hasta el pueblo! Esta misión pertenecía á Jesucristo, siendo maestro de todos, como ha sido su criador; él sabe, pues, que ha hecho el corazón del hombre, que la verdad es nuestro sol, nuestra vida, y lo sabe tan perfectamente, que ha dejado los cielos para traer al hombre la verdad á este suelo.

Apenas se revela á los hombres, ¿á quién llama alrededor suyo? A los pequeños, á los ignorantes, y, según la expresión del Evangelio, á la muchedumbre, á las turbas. *Doceret turbas*. Así debía de ser; su misericordia no podía ser menos generosa con las almas, que lo había sido con los cuerpos. En el orden de la naturaleza, todos pueden apagar su sed en la corriente de un río, todos pueden alimentarse con el pan material, que es el alimento del cuerpo; en la gra-

cia, todos hacen lo mismo, todos pueden alimentarse con el pan de la verdad, todos pueden beber las aguas de la vida eterna. Siendo la verdad necesaria á todos, él la ha puesto al alcance de todos. Jesucristo tiene luz para todos, lo mismo que el sol, que al propio tiempo que dirige sus rayos ardientes á la cima de las montañas, á la copa del elevado pino, baja á las honduras, y vivifica en ellas la yerba de los valles.

Muy pronto saldrá de este mundo para volver al seno del Padre, pero sobrevivirá en su Iglesia, viviendo siempre en ella. La Iglesia continuará enseñando la doctrina del Maestro con el mismo espíritu y el mismo carácter. No temáis nada; la Iglesia no guardará para sí misma el elemento de la verdad que encierra, de que es leal depositaria. Ella dirá con el Apóstol: «Yo debo á todos, á los niños, á los ignorantes, á los griegos, á los bárbaros, yo debo á todos la verdad que he recibido de mi Maestro.» La Iglesia va á predicar la doctrina de Jesucristo á los hombres de todas las clases, condiciones y edades. Ella murmura las cosas celestiales al oído del niño; ella habla de Dios bajo el humilde techo de la cabaña, al borde mismo del surco que abre la tosca mano del labrador. Ella instruye al artesano; ella baja, se desliza y penetra en las mazmorras oscuras de la justicia humana, y tiene una palabra de salvación para el condenado que ve pendiente sobre su cabeza la espada de la ley; ella lo acompaña hasta los pies del cadalso; ella sube con él para no abandonarlo hasta las puertas de la eternidad que va á abrirle la mano del verdugo. Donde quiera que encuentra un alma, allí reconoce un derecho sagrado, un derecho inatacable, un derecho que ningún poder puede arrebatarse ni abolir, el derecho que tiene todo ser humano de recibir la luz de la verdad. Así, hermanos míos, todos la ven, todos la encuentran, y en todas las partes de la tierra ella es como la providencia que da nido á las aves, agua á las plantas y rocío á las flores.

¿Creéis que es esa la enseñanza de Jesucristo en su Iglesia, que debe limitarse á tal pueblo, al confin de tal nación, á lo que se llama una patria? No, eso es imposible. La Iglesia de Jesucristo traspasa todas las vallas, y el mundo entero es el que ha de escuchar sus divinas enseñanzas. Todo lo contrario de lo que ocurría con los filósofos del paganismo; cuando habían descubierto una verdad, la trataban como si fuera un criminal; la encerraban dentro de las paredes de una escuela, como se encierra al culpable bajo el cerrojo de la mazmorra. ¿Quién no sabe que Pitágoras, Sócrates y otros ocultaban su sistema como un misterio? ¿Y por qué ese velo, esa reserva, ese misterio? Vosotros habéis encontrado la verdad, según decís; bueno,

pero la verdad es patrimonio de vuestros semejantes; la verdad es la vida de la humanidad; lejos de esconderla, haceros los apóstoles de ella, marchad, llevadla del uno al otro confin del universo; si os atemoriza el apostolado, rasgad por lo menos el velo, recordad que la verdad es la reina de las inteligencias, hacédla salir de vuestros subterráneos, exponedla a los rayos del sol.

Pero no; había una palabra que no se había oído en la tierra: id y enseñad; hasta entonces, hermanos míos, nadie enseñaba más que á unos cuantos discípulos. Pero Jesucristo habla y dice: «Id, enseñad, predicad el Evangelio á toda humana criatura.» La Iglesia lo ha oído; ella va á todas partes donde existan seres racionales para llevarles la santa luz de la verdad. Y ¿qué pueblo ha resistido á su apostolado; cuál es la ciudad, por oculta que se halle en el seno del océano, que no haya sido descubierta por su ojo? ¡Ah! Con la gracia en las manos, con la doctrina en los labios, ella ha ido á todas las playas, de oriente á occidente; ella ha pasado por todas las grandes naciones; ella ha bajado y subido por todos los ríos; ella ha surcado todos los mares; ella ha erigido sus tiendas en todos los desiertos; ella ha hecho resonar su voz en todos los ángulos de la tierra. Pero ¿qué interés tan poderoso la anima, qué va ella á pedir de continente en continente, qué espera de esos salvajes, de esos bárbaros? Esos bárbaros, esos salvajes tienen un alma, y por consiguiente tienen derecho al Evangelio, á la verdad y á Jesucristo. Pues bien; la Iglesia viene á pagarles la deuda de la providencia, que debe á todos la luz; la Iglesia viene á continuar la misión de Jesucristo que ha aparecido en el mundo para todos, y que quiere que su verdad, que su Evangelio sea para todos. He aquí el motivo que la impulsa; he aquí cuáles son sus alegrías y los consuelos que experimenta en su destierro.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Voy yo á hablarlos en este momento del celo del apostolado que va á llevar á climas remotos su elevada misión, cuando nosotros vemos todos los días, cuando pasan junto á nosotros hombres obcecados que se empeñan en no abrir el oído, que cierran los ojos á la verdad? En efecto, hermanos míos, sentiríamos el júbilo más íntimo, el regocijo más profundo, la más suprema alegría, el más completo consuelo en lo más hondo de nuestro pecho, si nuestra débil palabra, fecundada por el poder divino de nuestro Señor Jesucristo, pudiese conquistarle una sola de esas almas desgraciadas que lo desconocen; pero aun cuando el mismo cielo nos rehusara ese triunfo, inapreciable á nuestros ojos, porque es el triunfo de la gloria, no dejaríamos por eso de continuar haciendo oír la palabra de la verdad, porque después que ha pasado por los labios de un

Dios, la verdad encierra tal grandeza, que sólo el honor de hacer algo por ella basta y sobra para servir de recompensa á todos los esfuerzos, para estimular todos los trabajos, aun cuando no fuera lícito ni posible aguardar el triunfo y el éxito de que desearíamos verles coronados.

La inmutabilidad es, hermanos míos, el carácter, el signo distintivo por excelencia de la enseñanza de Jesucristo y de su Iglesia. En el mundo, entre las escuelas de los sabios, existe una ley fatal. Existe la ley de la movilidad, la ley de la mutación, y esto debe ser así por dos causas: la primera, porque todos pretendemos ser soberanos absolutos de la doctrina de que somos padres, y porque, en virtud de esta soberanía, echamos por tierra al día siguiente todo lo que hemos fabricado la víspera. Si; todos tenemos en nuestros corazones algunos instintos despóticos; todos nos complacemos en hacer alarde de soberanía absoluta, abatiendo á éste y ensalzando á éstotro. Además, se desea pertenecer á su siglo, es decir, que se desea seguir la corriente que llevan las cosas, que se quiere responder á la idea, al pensamiento, á la preocupación, á las pasiones del momento. Es verdad que el pensamiento es falible; pero también puede suceder y sucede que se piense con justicia, exactitud y verdad, y contrariando, defraudando las ideas y las pasiones del día, se corre el riesgo de quedarse solo con su juicio y su inclinación. Por esta causa se renuevan frecuentemente las escuelas humanas; por eso cambian sin tregua, por eso toda doctrina está condenada á variar incesantemente, á ser suplantada todos los días.

No sucederá lo mismo con la doctrina de Jesucristo. ¡Cosa admirable! Ella todo lo abarca, Dios, alma, eternidad, tiempo, intereses y necesidades, y todo cuanto se refiere á los destinos de la humanidad. Ella ha resuelto todos los problemas vitales de la sociedad humana, la palabra salida de su boca es la regla del espíritu humano. Heredera de su enseñanza, la Iglesia conserva con cuidado extremo, en medio de nosotros, la imperecedera unidad; pero no penséis que sea esa la unidad inmóvil de una palabra muerta y sepultada en un libro, como en un sudario; es una verdad viva que permanece siempre igual, siempre la misma, y tal como fué anunciada por Jesucristo, por un Dios. En una palabra, la Iglesia católica no pervierte la doctrina; por el contrario, se esfuerza por fecundarla, pero sin aduletrarla, sin destruirla. Ella extiende los rayos sin sacarlos de su centro; ella dilata la luz, pero acudiendo siempre por ella al mismo foco.

Cesad, pues, oh sabios de la tierra, de acusar la doctrina de nues-

tro divino Maestro; cesad de proscribir en nombre del progreso la única palabra que encierra en sus entrañas el germen del progreso moral de la humanidad. Ellos hablan de progreso, de progreso hasta en religión. ¿Pero, por ventura, las necesidades religiosas de los hombres no son las mismas en todos los siglos? Vosotros os reirais del insensato que quisiera otro sistema de luz y otra organización de la vida, bajo el pretexto de que el sol que nos ilumina no podría ser el sol de su existencia actual. ¿No sería una locura menor el pretender para las mismas inteligencias un evangelio nuevo y una nueva verdad? ¡Se habla de progreso! ¿Acaso progresan todos los días los que invocan esa palabra equívoca? ¿Hacen por ventura esos vocingleros más que sorprender alguna verdad dispersa, más que reanimar alguna luz medio apagada? ¿No ve éste que no hace otra cosa que robar á Platón su sistema? Ese otro que pretende hallarse encerrado en el sentimiento religioso, y que no ve en la diversidad de religiones más que una terrible indiferencia por un solo Dios, ¿no comprende que va á la zaga de ese emperador Juliano, que con todos sus sistemas no ha conquistado otra inmortalidad que la del ridículo? Así, que se revuelvan en todas direcciones, que levanten todo género de edificios, que inventen toda clase de sistemas, que preconicen toda especie de sueños fantásticos; cuanto juzguen haber creado, no será nunca más que la repetición, la renovación de una idea.

Un solo progreso positivo existe; el progreso de renunciar las pasiones para ir á buscar y seguir al Maestro, que es Jesucristo. Antes de él, y sin él, por espacio de muchos siglos, los hombres habían intentado, con el auxilio de sus solas fuerzas, llegar hasta la cima del elevado monte donde habita la verdad en su atmósfera pura é inalterable. ¿De qué les sirvieron todos sus esfuerzos? ¿qué término alcanzaron? Precipitarse de caída en caída hasta el más profundo abismo; pero el Verbo Eterno, descendiendo á la tierra, se incorpora con la humanidad, la estrecha contra su pecho y la conduce hasta la puerta del templo de la verdad. Allí se encuentra, allí tiene su santuario, y vosotros, ¡oh sabios de la tierra! creedme, no la busquéis en otra parte; de lo contrario, caeréis en el abismo. Los sabios hablan de progreso; el verdadero, el bello progreso se obra dentro del catolicismo; éste es el único progreso; fuera de ahí no hay más que decepciones, sueños, pérdida de toda esperanza, ruina de todo deber.

Hermanos míos, en breves palabras os he explicado cuáles eran los caracteres de la enseñanza de Jesucristo. Vosotros la habéis recibido, á vosotros os ha sido dado, según expresión del Apóstol, comprender este misterio que yace oculto en la fe y queda impenetrable

á los ojos del siglo. De esta suerte encontraréis la verdad, la paz del corazón y la esperanza sola y única para el hombre de la eterna felicidad que á todos os deseo. *Amén.*

SABIDURÍA DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*

(JOAN, 8, 46.)

Parece que estaba reservada, hermanos míos, para nuestro siglo la existencia de unos nuevos hombres, que á la manera de los judíos y gentiles en el principio del Cristianismo, no tratasen ya de negar ó alterar la verdad de un dogma, de un misterio, ó de un precepto del Evangelio, sino que chocasen abiertamente contra todos, y pretendiesen barrenar por la quilla la nave de San Pedro, para sumergirla enteramente. Pero como no es lo mismo excitar una borrasca que ocasionar un naufragio, debemos esperar confiadamente tiempos más bonancibles, y en el interin vivir seguros de la destreza del piloto que la gobierna. El es poderosísimo, él es sapientísimo, él es santísimo, ¿quién podrá vencerle ni aun resistirle? ¿Una criatura contra el Criador? ¿Un átomo imperceptible contra el Omnipotente?

¿Cómo podremos persuadirnos, dicen con altivez los incrédulos, que se precian de instruidos, de que un libro tan sencillo sea la historia de un Dios todopoderoso? ¿Cómo los Evangelistas, no siendo nada delante de Dios, nos podrán dar ideas de su grandeza, de su sabiduría y de su omnipotencia? Si los montes se encorvan á la vista del Ser eterno, si el mar se conmueve, si los cielos se estremecen, si la tierra tiembla, si todo el universo se aniquila al imperio de su voz, porque se formó por su palabra, ¿qué nos podrán decir los Evangelistas sino puerilidades y pequeñeces despreciables? Ya lo estamos viendo. Fútiles parábolas, estilo humilde, ordinario é insípido, y un tejido vasto y seco de aventuras maravillosas: ved ahí lo que nuestro

entendimiento descubre en el Evangelio. Nuestros sentidos se amantinan, nuestra razón clama y nuestro entendimiento resiste á esa pequeña idea tan poco digna del Ser eterno.

Bondad de Dios, ¡qué grandes son tus misericordias! Yo esperaba este momento y ya ha llegado, al leer aquellas palabras del Evangelio, si os digo la verdad, por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* En efecto, si yo probara, hermanos míos, inconcusamente que el Evangelio es la historia de Dios-Hombre, la más bella, la más grande, la más perfecta que el entendimiento humano puede concebir: si Jesucristo apareciese en ella con los caracteres de sabiduría, superior infinitamente á todas las ideas de los hombres; si las cualidades personales de Jesucristo, su doctrina y sus obras se presentasen tan eminentes y admirables, que nos demostrasen con evidencia no sólo que él fué un enviado de Dios para instruir y salvar á los hombres, sino también que fué un Hombre-Dios: si todo esto se demuestra con pruebas irresistibles, ¿podremos esperar que se rasgue el velo de la incredulidad, y que los incrédulos se hagan fieles? Sin duda. Ellos entonces no sólo crearán al Evangelio como verdadero, como dictado por el Espíritu divino á los Evangelistas: también confesarán que estos autores ni pudieron, ni debieron escribirle de otro modo, para darnos justas ideas de la sabiduría, que se dignó descender del cielo á la tierra para hacerse hombre, para enseñar al hombre la doctrina de la verdad y la práctica de la virtud, por morir y salvar al hombre.

Pasemos, pues, hermanos míos, á presentar, aunque brevemente y sólo á grandes rasgos, la sabiduría de Jesucristo, en el Evangelio, para reconocer con cuánta razón Jesús echaba en cara á los judíos su incredulidad. *Ave Maria.*

Abramos, hermanos míos, el Evangelio: leamos con atención y respeto sus sagradas páginas; ¿qué hallaremos? preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones de Jesucristo: pero reflexionad que son preceptos tan equitativos, consejos tan perfectos, máximas tan verdaderas, parábolas tan ingeniosas é instructivas, respuestas tan oportunas y exhortaciones tan juiciosas y sublimes, que es imposible resistir á la evidencia de tantas pruebas como los Evangelistas nos dan de haber escrito la verdadera historia de Dios-Hombre, y del modo más perfecto que se debía escribir. Miremos atentamente al hombre, consideremos su naturaleza, sus facultades, sus inclinaciones, sus necesidades y las relaciones que tiene con su Criador, con sus semejantes y consigo mismo, y convendremos in-

mediatamente en que las leyes ó preceptos del Evangelio son tan sabias y tan perfectas, que solo el mismo Dios puede concebir un plan de legislación tan hermoso y tan completo.

El hombre es un ser compuesto de un cuerpo organizado y de un alma espiritual é inmortal, estrechamente unida á él para gobernarle y dirigirle según razón: como dotado de libre albedrío, es dueño de sus determinaciones, y puede abrazar el bien y desechar el mal, ó abrazar el mal desechando el bien. Esta es la naturaleza del hombre. Su existencia la debe á otro. Dios le crió, y este es su principio. Dios le crió para algo: todas las criaturas que salieron de la mano del Omnipotente tienen algún fin; y así no debe el hombre carecer de él, sino tener el más perfecto: este fin es conocer, servir y amar á Dios en esta vida, para gozarle en la eterna. Ved ahí el principio y el fin del hombre: he ahí de dónde viene y á dónde va. Estas son unas verdades evidentemente claras para los que tienen religión: cuanto más las meditan, más las conocen: cuanto más las conocen, más las agradecen y aman: cuanto más las aman, más bien cumplen la voluntad de su Dios, y he ahí unas verdades que lastimosamente afectan no comprender los incrédulos. Para ellos son abismos impenetrables los espacios que antecedieron á la vida, y los que subsiguieron después de la muerte. ¡Qué dolor, amados cristianos míos, ver á los incrédulos embarazados en los primeros elementos de la Religión, que gloriosamente conoce y confiesa cualquiera de vosotros! Finalmente, Dios no ha criado al hombre para vivir aislado en sí mismo, ni esto sería bueno: le ha criado sobre la tierra en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos, porque descienden todos de un solo hombre, y no forman más que una familia esparcida sobre toda la superficie de la tierra. Este es el estado temporal del hombre.

De estos principios, que todo racional debe admitir, si obstinado no cierra los ojos de su alma para no verlos, se siguen dos precisas consecuencias: la primera, que Dios debió dar á los hombres una ley; y la segunda, que esta ley debía necesariamente contraerse á las cuatro circunstancias de la condición del hombre que acabamos de exponer. Esto es, una ley digna de su autor, proporcionada á la naturaleza del hombre, conforme á su fin y conveniente á su estado: ó de otro modo: debió darle una ley que pudiese al hombre en el orden respecto de Dios, respecto del prójimo y respecto de sí mismo. ¿No es esto? Indubitablemente. Pues vamos á los preceptos del amor que nos íntima el Evangelio, y en ellos hallaremos esta ley que pone en el orden todas las cosas.

Acércase á nuestro amable Jesús un escriba ó doctor de la ley, y le pregunta: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Le respondió Jesucristo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es el solo Dios, y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas: éste es el primer mandamiento; y ve aquí el segundo, semejante á éste: tú amarás al prójimo como á ti mismo. No hay mandamiento alguno en la ley y en los Profetas que no se comprenda en estos dos mandamientos, que son los mayores y más grandes de la ley. ¡Qué verdad tan luminosa, qué preceptos tan preciosos, tan perfectos y tan justos! La ley natural nos los íntima: la ley mosaica nos los manda: la ley evangélica los adopta, los publica, los confirma, y promueve su observancia. Con estos preceptos todas las cosas están en el orden. El cielo y la tierra: el Criador y las criaturas: los hombres entre sí mismos, y los hombres con sus semejantes. Observados estos preceptos, se destierran del mundo los homicidios, las calumnias, los robos, las concupiscencias, las desobediencias de los hijos con sus padres, de los criados con sus amos, de los vasallos con sus reyes, y, en una palabra, todos los vicios. Observando estos dos preceptos, se practican todas las virtudes. A Dios se le da culto digno de su bondad y su grandeza: al prójimo un pronto socorro en sus necesidades, como para nosotros lo deseamos en semejantes circunstancias: el cuerpo sirve al alma, el alma obedece á la razón, y la razón es gobernada y dirigida por la divina ley. ¿Pueden los hombres, los ángeles y el mismo Dios formar un plan más bello, más natural ni más justo de la religión? ¿Cuántos otros preceptos hallamos en el Evangelio para reprimir nuestro orgullo! ¿cuántos para desterrar la avaricia! ¿cuántos para ahogar la venganza! ¿cuántos para abominar la hipocresía! ¿cuántos para huir la impureza! ¿cuántos para contener la intemperancia! ¿cuántos!... Pero ¡Dios inmortal! ¿han leído los incrédulos, que se dicen instruidos, el Evangelio? Si no le han leído ni entendido, ¿cómo se atreven á condenar el modo humilde y sencillo con que los Evangelistas le escribieron? Si le han leído y considerado, ¿cómo no ven en él tanta hermosura, tanta majestad, tanta justicia, tanta perfección en sus preceptos? ¿Cómo no admiran tanta santidad en sus consejos? tanta verdad, tanta claridad y precisión en sus máximas? Ellas son tan nuevas, que jamás se oyen pronunciar por vez primera sin sorprenderse: son tan claras, que todos las comprenden: tan verdaderas, que nadie puede contradecirlas: tan sencillas y naturales, que todos los entendimientos más comunes las entienden; y tan grandes y tan bellas, que la admiración de los mayores ingenios:

ellas son comunes á todos los hombres, su doctrina es para todas las naciones, y su perfección para todas las almas. Cuanto más se leen, más gustan: cuanto más se consideran más se admiran; y cuanto más se observan, más perfeccionan. En ellas se ve el tono que un Dios hecho hombre debe tomar hablando con los hombres, y en ellas nos dan los Evangelistas los caracteres más propios de un Hombre-Dios.

¿Aparecerán menos brillantes los rasgos de la Divinidad en las parábolas? Preséntense á nuestra vista cuantos escritos de esta clase han dado á luz los ingenios de los hombres más ilustres; ¿dónde hallaremos tanta sencillez en su narración, tanta conformidad en sus alegorías, tanta solidez y perfección en su moral? Muchos libros serían menester para decir algo de aquellos sagrados apólogos tan frecuentes en la boca de Jesucristo. Ya veis, amados cristianos míos, que no tenemos tiempo para tan dilatadas discusiones; presentad solamente dos á los incrédulos: la parábola del hijo pródigo y la del samaritano, y decidles si el entendimiento humano dió jamás tales ideas del arrepentimiento de un mal hijo, de la bondad y ternura de un buen padre, y de la compasión y caridad de un virtuoso prójimo. ¡Qué expresiones tan enérgicas, qué afectos tan tiernos, qué emociones tan dulces se experimentan en el alma cuando se leen y consideran! Es menester vencer al bronce en dureza, para no amar la virtud que nos enseñan. Pero lo que da á las parábolas de Jesucristo un mérito superior, no sólo á las que nos han dado los hombres, sino á cuantas el entendimiento humano puede imaginar, es el que ellas son á un mismo tiempo teológicas, proféticas y morales; y que muy frecuentemente nos presentan bajo el mismo símbolo la imagen de los designios de Dios sobre los hombres, la de los sucesos futuros más interesantes para la religión y la de nuestras propias obligaciones. Léanse, examínense, considérense las parábolas de la viña, de la cena grande á que convidó el rey para las bodas de su hijo, la del padre de familias que busca obreros y los envía á trabajar, la de las vírgenes prudentes y las fatuas, y otras muchas que á cada paso se nos presentan en el Evangelio, y se verá con claridad que su objeto es el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra por la predicación del mismo Evangelio; es la reprobación de los judíos por causa de su ingratitude y su dureza; es la vocación de los gentiles al gremio de su Iglesia y la enseñanza de la virtud á unos y á otros. ¿Pudiera un hombre que no fuera Dios reunir en un mismo símbolo, y bajo un mismo punto de vista, tantas instrucciones diferentes? ¿Pudiera un Dios hablar de otra manera más perfecta?

vedlo claramente en sus respuestas. Los fariseos le hacen preguntas capciosas para sorprenderle y sacar de su boca alguna decisión que le sirviese de pretexto para acusarle como delincuente. Preséntanle una mujer cogida en adulterio, y le dicen: Moisés nos mandó apedrear á los adúlteros; y tú, ¿qué dices á esto? Los herodianos le preguntaban, si era lícito á los judíos pagar el tributo al César. Jesucristo conoce su doblez, mira en su corazón la malignidad de sus intenciones, la envidia que los consumía y la perversidad con que le preguntaban; y con admirable majestad, con una presencia de espíritu asombrosa y con una sabiduría divina, abate con una sola palabra todas sus maquinaciones y los llena de confusión. El que entre vosotros, les dijo, se halle sin pecado, arrójele la primera piedra. ¡Qué respuesta tan divinamente ingeniosa! Confirma la ley y salva á la delincuente; manda el castigo y cubre de confusión á los que le solicitaban. Dádme una moneda, le dice á los herodianos. Se la presentan con el busto del César impreso en ella. ¿De quién es esta imagen? les pregunta el Salvador. Del César, le responden. Pues dad, les dijo Jesús, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¿Se oyeron jamás en los siglos unas respuestas más sabias, más prontas y decisivas?

Las exhortaciones de Jesucristo no son menos dignas de la admiración de todos los hombres, que sus preceptos, sus consejos, sus máximas, sus parábolas y sus respuestas. Una elocuencia divina resplandece en ellas, y una fuerza de persuasión á que nadie puede resistir. Por no hacernos interminables oigamos una sola, en que nuestro adorable Salvador exhorta á los hombres á pedir y esperar todo de la bondad de Dios, á quien invocan en sus necesidades. «¿Quién es entre vosotros el padre que diese á su hijo una piedra cuando le pide pan, ó que le diese un escorpión pidiéndole un huevo? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que le pidieren?» Y es como si le dijera: Por malos que seáis por vosotros mismos, sois, sin embargo, buenos para vuestros hijos; vosotros los amáis; sus necesidades os conmueven y enternecen; sus súplicas tienen sobre vuestros corazones un poder al cual no sabéis resistir; siempre les dais lo que conviene. Pues ¿con cuánta más razón Dios, que es vuestro padre, se dejará commover por vuestras necesidades y vuestras súplicas? ¡Dios que, por su naturaleza y su esencia, es la misma bondad! El que ha criado en vuestros corazones el amor que tenéis á vuestros hijos, ¿dejará vacío y sin amor su propio corazón? ¿Creéis que vosotros seréis mejores que Dios? Decidme,

amados cristianos míos, ¿hay algo en el mundo más verdadero, más hermoso y más persuasivo que este género de escritos? ¿Quién no conoce en ellos á Jesucristo enseñando á los hombres los atributos de su divinidad? Por una parte, ¡qué sencillo, qué familiar! Cualquiera que se deje guiar por su razón, lo entiende. Por otro lado, ¡qué grande, qué sabio, qué profundo! Los mayores ingenios se llenan de admiración al meditar sus sentencias: él se adapta á los talentos más limitados, y al propio tiempo es superior á los talentos más sublimes.

Decid á los incrédulos que se suponen instruidos, habiendo estudiado tan poco las bellezas del Evangelio; decidles que los convidamos á su lectura, humilde, reverente y reflexiva, y digannos después, si en los preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones que nos escriben los Evangelistas de Jesucristo, hallan fausto, vanidad y orgullo. Digannos si encuentran afectación en las palabras y figuras de que se sirven, ó adulación á los desórdenes de las personas á quienes hablan. Digannos si hay alguna cosa en todo el Evangelio que no respire sabiduría y santidad, y que no muestre los deseos más vivos de hacer á los hombres felices y virtuosos. Digannos, si alguna vez quieren hablar de buena fe, si pueden imaginarse preceptos más justos, consejos más saludables, máximas más ciertas, parábolas más instructivas, respuestas más exactas y exhortaciones más energías. Digannos, si pudieron ó debieron escribir los Evangelistas de otro modo la historia de Jesucristo, para darnos los caracteres más verdaderos de su sabiduría divina. Digannos... pero yo no exijo de los incrédulos más que la solución á esta pregunta: O ellos se engañan ó nosotros. Aquí no hay medio, tergiversación ó efugio. Si nosotros nos engañamos en creer al Evangelio y vivir según sus preceptos y consejos, nada perdemos por haber creído las penas que esperan á los malos después de la muerte, y los premios que tendrán los buenos en la otra vida. Nada perdemos, y ganamos mucho, viviendo en la tierra alegres, pacíficos, modestos, bienhechores, puros, veraces y misericordiosos, como viven todos los que observan el Evangelio; y esta vida ni la han tenido ni la tienen los incrédulos. Pero si ellos son los que se engañan, ¡ay, ay de ellos! ¡Ay de ellos en el tiempo y en la eternidad! Acá son mirados con horror por todos los hombres sensatos y virtuosos; y allá juzgados por la sabiduría divina, para ser después justamente condenados al infierno.

Dad gloria á Dios, hermanos míos, porque el solo es el sabio que destruye la sabiduría de los sabios del siglo y pierde la prudencia de los prudentes según la carne: él solo es el sabio que ilumina á todo

hombre que viene á este mundo; él solo es la luz del mundo y la verdad por esencia; él conoce los corazones de los hombres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito; de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se dignó comunicarnos, á fin de que, conociendo, aunque imperfectamente, al Hijo de Dios, á Cristo, mediante la luz de la revelación y la fe, podamos algún día conocerle perfectamente por la visión beatífica en el cielo. *Amén.*

SANTIDAD DE JESUCRISTO

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?*

(JOAN, 8, 46.)

Todo el mundo sensato y juicioso, hermanos míos, conviene en afirmar esta verdad: la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfección de su razón, que le hace sabio, y en la perfección de su voluntad, que le hace santo. Todas las otras ventajas, tan apreciadas por el mundo insensato y preocupado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza. Con todas ellas, puede uno ser muy pequeño y despreciable, y sin ellas, puede un hombre ser sobremedida ilustrado y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el mayor de todos los hombres y superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza de un hombre, si que también con una santidad digna sólo de Dios. En una palabra, si Jesucristo es el Hombre-Dios por su sabiduría, como está ya demostrado, (1) también lo es por su santidad. *Ave Maria.*

(1) Véase el sermón anterior.

Temblad, hermanos míos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazón oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razón se disminuye en proporción que el corazón se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sabio, si no es perfectamente bueno. Quien no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan también su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religión. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud, y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por más talento que supongáis en el hombre, si su corazón no es recto delante de Dios, ¿con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: fueron hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razón ha dictado, las manchas de su pasión y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros días. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos: no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente quien nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razón no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazón no se manchó jamás con pasión alguna. El solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No esperéis que yo ciña mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penséis que vengo á hablar de todas, porque esto sería emprender un imposible y proceder al infinito. Yo sé ciertamente más que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelarlo; en el cielo le veremos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Angeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio y estudiar en él á Jesucristo.

Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiración. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su